

FRANÇOISE DUBOSQUET LAIRYS

ANTONIO GALA EN SU PAISAJE

Crónica de un compromiso

f)L Fundación José Manuel Lara

La edición de esta obra ha contado con la colaboración de la Fundación Cajasol

Fundación | Cajasol

Primera edición: noviembre, 2021

© Françoise Dubosquet Lairys, 2021

© Fundación José Manuel Lara, 2021

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Diseño y maquetación: Manuel Rosal

Imagen de cubierta: Gloria Gutiérrez (Getty Images)

Imágenes de interiores: Archivo Fundación Antonio Gala (Córdoba), Archivo personal de Antonio Gala, Éric Vivier (CREA, Universidad de Rennes 2), Ricardo Martín, Luis Cárdenas, José Agust

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 2059-2021

ISBN: 978-84-17453-83-1

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Introducción	15
Abreviaturas	23
I. FIDELIDAD A SÍ MISMO.	25
Érase un niño llamado Antonio Gala	30
Duelo entre carrera y poesía	41
De la sombra a la luz.	47
Personalidad e imagen.	57
Un solitario solidario.	65
Antonio Gala, columnista	73
De la hoja caduca a la rama perenne	86
«Texto y pretexto».	87
«Verbo transitivo».	88
«Charlas con Troylo».	89
«En propia mano».	93
«Cuaderno de la Dama de Otoño».	97
«Dedicado a Tobías»	99
«La soledad sonora».	102
«A quien conmigo va».	105
«Carta a los herederos»	108
«La casa sosegada».	111
«La proa» y «La tronera».	115
II. FIDELIDAD A SU MOMENTO.	123
El pasado que no pasa.	127
La guerra de los tres años	132
El franquismo	144
De la «pacífica» Transición a la democracia	177
¿Ruptura o reforma?	182
Y diciembre trae al Rey	183
Reforma política y suicidio de las Cortes franquistas	185
La amnistía o «el deseable olvido»	187

Atocha, la lección de un pueblo en marcha	191
Primeras elecciones libres	195
De la ilusión al desencanto	201
La Constitución	202
Del 23F al «juancarlismo»	207
El compromiso con la España que despierta	217
De la mayoría absoluta a la desilusión absoluta.	217
La experiencia de la OTAN.	236
Del «supermercado» a la Unión Europea	246
Terrorismo y nacionalismos.	251
Unión o unidad	258
Paro y luchas.	271
El 14D.	282
El reaprendizaje de la democracia	284
La libertad empieza por el lenguaje.	289
Erotismo y sexualidad	291
Ser uno mismo	295
Matrimonio y divorcio.	300
Contracepción y aborto.	303
La homosexualidad	307
III. FIDELIDAD A SU PUEBLO	315
El cante jondo	320
Ser andaluz	323
La cultura madre	327
Linaje y genealogía	329
Una forma de ser, una actitud vital	337
La ironía, legado y arma	338
En cada escritor se esconde un lector	343
Lengua, paisaje, raíces	353
De lo íntimo a lo universal	361
Lo que nos dicen las palabras.	362
De lo religioso.	362
De los toros.	365
Emoción y creación.	369
Sufijos.	369
Juegos de significados	371

Recursos	372
Registros, gamas	373
Dichos y refranes	376
Expresiones populares.	377
Aprendizaje y memoria	380
Un testamento andaluz	383
LAS TRES FIDELIDADES DE ANTONIO GALA.	389
Agradecimientos	399
Bibliografía	401

A Antonio.

A las *teselitas* de la Fundación, creadores de hoy y de mañana.

A los invitados al jardín.

Y a ti, lector, dedico estas páginas.

Nadie puede ser fiel ni a su momento ni a su pueblo si no cumple una fidelidad previa a las otras: la fidelidad a sí mismo.

ANTONIO GALA

INTRODUCCIÓN

Sin duda existen mil y un caminos para acercarse a otra cultura, a otra forma de decir el mundo y hablar con sus dioses; mil y un caminos para descubrir otra forma de pensar, de expresar los sentimientos, de vivir. Para descubrir, estudiar y penetrar en este mundo hispánico al que he dedicado mi trabajo y gran parte de mi vida, he tenido un guía de lujo, un poeta que supo adivinar mi búsqueda y acompañarla, Antonio Gala.

Mi vocación de hispanista se la debo a mi padre y a mis primeros maestros en la literatura española: se llamaban Paco Ibáñez, Joan Manuel Serrat, Luis Eduardo Aute, José Antonio Labordeta o Imanol... Con ellos, aprendí que la poesía es un arma cargada de futuro. Mis conocimientos de la España contemporánea se concentraban sobre todo en la Generación del 27 y del exilio –en Francia, gran parte de los docentes universitarios eran hijos de la España peregrina que se empeñaban en preservar su esperanza y transmitir su herencia– y nosotros, quizá por la mala conciencia, nos esforzábamos en no olvidarla.

Yo quería pasar el umbral del *hortus clausus*, dejar de ser la extranjera y acceder a los patios íntimos de una sociedad que veía cambiar en cada uno de mis viajes y que, para los franceses, era prisionera de una imagen estereotipada. Entre la España soñada desde el exilio y la silenciada del franquismo, existía una España real, múltiple y desconocida que me atraía por su dinamismo, su fuerza, sus contradicciones y creaciones, su tradición y su modernidad.

Desde mi país seguíamos, paso a paso, la Transición y el nuevo rumbo de España. En aquellos años de finales de los 70 y 80, leíamos con asiduidad *El País* y me acuerdo de nuestras «citas del lunes», en la cafetería universitaria, cuando debatíamos sobre los artículos que abrían y cerraban la revista dominical del diario. Yo sentía un especial cariño por un escritor al que solo conocía de nombre como dramaturgo y que, cada semana, hablaba con su perro. Me encantaban tanto los temas como la escritura; sus textos me parecían una fabulosa fuente de informaciones y de

creaciones, envueltas en un humor inconfundible. Sin ser española, me sentía invitada, aludida. No solo me atraía el retrato de la realidad del país vecino, de otra cultura –objetos de mi investigación–, sino también los asuntos como la libertad, la responsabilidad, la objeción de conciencia, la mili, el aborto o la identidad... Eran preocupaciones nuestras, temas universales y sencillamente humanos. Como lo escribe Carmen Díaz Castañón:

La obra de Antonio Gala oscila entre dos exigencias: la necesidad de participar con su escritura en las luchas de su tiempo y la honda urgencia de realizar en ella su yo más íntimo; crea una literatura que se enfrenta con la historia y que, como una crónica o un panfleto, intenta influir en su curso, y otra literatura que, inexorablemente, regresa al ser para descubrir lo esencial, lo profético que hay en él (en Infante, 1994: 27).

Y las *Charlas con Troylo* me condujeron hacia una casa de la calle de la Macarena, en Madrid, para una breve entrevista...

Nunca olvidaré aquella tarde tibia de abril de 1985: me instalaron en el salón a la espera del dueño de la casa. Era una sala grande, soleada, con un cuadro inmenso, amarillo, que ocupaba gran parte de la pared; pero el que más me llamó la atención descansaba encima de la chimenea de mármol blanco. Se trataba de un lienzo singular, sencillo, depurado en su tema y rico por sus matices «azules, rosas, platas, verdes, grises insinuados: una paleta fría e íntima a un tiempo». Una barca blanca posada apenas sobre el agua, serena. Una barca dormida, varada, como esperando... Y así se titula, *La barca dormida*, es una obra del pintor onubense Daniel Vázquez Díaz. Entré en el cuadro e inicié mi viaje a través del tiempo por la geografía española, acompañada por mi anfitrión. La cita se alargó mucho más de lo previsto, se convirtió en una charla, a la hora del té, entre dos amigos: la primera de tantas en Madrid, en La Baltasara, en mi tierra bretona o en Córdoba. Aquella tarde inolvidable Antonio Gala me abrió las puertas de su casa y me regaló su mundo.

A su lado, descubrí las múltiples facetas y contradicciones de este país vecino, a la vez diferente y semejante, la inagotable

riqueza de sus culturas. Bebí en las fuentes de un idioma que me esforzaba –y esfuerzo– en no maltratar; saboreé sus matices y me divertí con sus travesuras y juegos de palabras. Juntos contemplamos las puestas de sol y rezamos a la luna, nos paseamos por los mercados y cementerios, por las tabernas y los museos, por mi tierra y por la suya. A su lado aprendí que las palabras son paisajes, cantos, sabores y olores...

La casa de Antonio era punto de encuentro de grandes creadores: poetas, pintores, escritores, artistas, periodistas o universitarios... Allí conocí a Pablo García Baena, José Manuel Caballero Bonald y su mujer, Pepa, Francisca Aguirre y Félix Grande, Pepe Hierro, Fernando Quiñones, Terenci Moix, José Infante, José Agust, Manuel Rivera, Luis Martínez de Merlo, Mario Camus, Elsa López, Concha Velasco, Pablo Sebastián, Andrés Peláez Martín, Alfonso Emilio Pérez Sánchez... A los invitados al jardín, los de siempre, Ángela, Elio, Luis, Ana, Pepe... y los perrillos Ariel, Ramplín, Zahira y Zegrí, Zagal, Toisón y Mambrú...

Hoy esa barca dormida me parece una buena entrada a este viaje junto a «quien conmigo va», para hojear las páginas de esta gran crónica de la España de 1973 a 2015 que conforman las más de mil colaboraciones en prensa de Antonio Gala, estampas y reflexiones de ayer, hoy y mañana.

Un conocido político y hombre de Estado español declaró, en cierta ocasión y con notable cinismo, que los periódicos sólo viven un día, pasando luego al cementerio de las hemerotecas. Puede ser que gran parte de lo escrito en los periódicos desaparezca, aunque creo, como Albert Camus, que el columnista es el historiador del instante. Con Antonio Gala, la columna de opinión se convierte en obra perdurable. Como las *Chroniques* de Camus, sus escritos periodísticos pertenecen al ámbito de la literatura, desvelan un compromiso, una conciencia y una coherencia que superan el paso del tiempo.

La literatura y la prensa han mantenido siempre relaciones estrechas y fecundas. En España, ya desde el siglo XIX, los periódicos acogieron en sus páginas a grandes escritores e intelectuales. Esta expresión libre –el «inquilino de abajo»– adquirió una especial intensidad con la Transición y la democracia, y sigue muy

viva en la actualidad. En tal contexto, Antonio Gala, poeta, dramaturgo, guionista y novelista, se impone como una figura insustituible en este paisaje tan fructífero de la prensa de opinión que se afirmó en el tardofranquismo –con nombres como José Luis Martín Prieto, Francisco Umbral, Ignacio Carrión, Manuel Vicent, Maruja Torres o Rosa Montero, y los humoristas gráficos desde *La Codorniz* o *Hermano Lobo*–; como un fenómeno insólito en aquel espacio mediático, un hombre catodicus, en expresión de Régis Debray, que en aquel momento entendió el poder de difusión y educación que podían tener la prensa o la televisión.

Las obras escénicas de Gala, Premio Nacional de Teatro en 1963, batían récords de taquilla y se reponían sin cesar; sus novelas encabezaban las listas de ventas; sus intervenciones públicas eran verdaderos acontecimientos, y su presencia en la pantalla de televisión o en las emisiones de radio garantizaba la audiencia. Pero, sin duda, fueron sus columnas en la prensa –en *Sábado Gráfico* (1973-1978), *El País Semanal* (1978-1995), *El Independiente* (1987-1989) y *El Mundo* (1988-2015), por citar solo las más conocidas– las que le concedieron un reconocimiento fuera de lo común, pese al silencio o recelo de una parte de la crítica y del mundo intelectual español.

No se trata aquí de abogar por el reconocimiento, pues el autor no lo necesita, sino de invitar a leer o releer estas páginas, reflejo de momentos clave de la Historia contemporánea de España, y al mismo tiempo de reflexionar sobre la condición humana entre el fin de siglo y el inicio del nuevo milenio.

El columnista ha hecho de la palabra algo más que una forma de comunicación con los demás. Desde la tribuna del «Parlamento de papel», acompañó a su pueblo, semana tras semana, durante algo más de cuarenta años, legándonos así un testimonio incomparable de su país y de la época. Y lo más sorprendente es que, pese al paso del tiempo, estas columnas no han perdido un ápice de su vigencia, resisten las fronteras temporales, mantienen vivos la reflexión, el análisis y la emoción compartida. Sobre todo, como escribe Milan Kundera, su obra «enseña al lector a entender el mundo como una pregunta». La hoja caduca de prensa se hace rama perenne.

Antonio Gala convierte el artículo de prensa en un arma poética, en una manera propia de decir el mundo. Ante todo, es un poeta. La literatura forma parte de su vida, lo acompaña: es paisaje, recuerdo, testigo, regalo. Sin duda, lo que mejor define su escritura es el concepto de *poiesis*, en el sentido griego de la palabra, es decir, de «creación» o «producción»; ese derivado del griego ποιέω (*poieo*) que significa «hacer» o «crear». Platón define en *El banquete* el término *poiesis* como «la causa que convierte cualquier cosa que consideremos *de no-ser a ser*», como algo que tiene alma, vida, expresión propia. Por tanto, la *poiesis* puede ser poema, prosa, artículo de prensa, pero también lienzo, dibujo, grabado, foto, escultura... según su poder se ejerza sobre el color, el volumen, el tiempo, el ritmo de la luz o de la palabra. Adopta la forma del recipiente en que se vierte, no importa el frasco sino la esencia: «todo se construirá con la materia de los sueños... en el noble sentido de la palabra, todo estará hecho de poesía». El arte es una forma de amar, de conocer, de acariciar, de aprender. Y el arte en Gala son dos facetas de la misma ansiedad y del mismo júbilo. Esta literatura de prensa que componen los más de mil artículos, semanales o diarios, podría quizá inaugurar nuevos vocablos: «cronopoemas» para las páginas o «saetas» para la columna diaria. En todo caso, apostaré por «poi-ética», es decir la expresión poética comprometida con su país y su tiempo.

Confiesa el autor que su única aspiración, siguiendo el viejo consejo de Shakespeare, es ser fiel a sí mismo, ya que, sin esa fidelidad previa, jamás conseguiría las otras dos: la fidelidad a su momento y a su pueblo, con sus esperanzas y dudas, que son las que hacen de verdad a un escritor. Estas tres fidelidades conforman las tres partes de este volumen: Antonio Gala en su paisaje: crónica de un compromiso.

La primera parte, «Fidelidad a sí mismo», propone un acercamiento a la personalidad del escritor, a su infancia y formación. Nos alejamos de la figura pública para descubrir la faceta íntima del creador, desde la sombra a la luz del éxito teatral, su compromiso de columnista, su soledad solidaria.

La segunda parte, «Fidelidad a su momento», recorre desde los años 70 hasta la primera década del siglo XXI. Compartiremos

sus recuerdos de la guerra, evocaremos los últimos años del franquismo y seguiremos paso a paso la Transición, entre ilusiones y recelos, y la emergencia del nuevo Estado. Pese al mito de la Transición modélica, España no es país tan pacífico, como lo atestiguan los muertos y asesinatos en aquellos años en los que busca su camino, entre una amnistía insuficiente, un consenso de circunstancias, actos terroristas y afirmaciones identitarias, luchas sociales y transformación de la sociedad, en un contexto internacional difícil. Nos detendremos en el compromiso del autor con el reaprendizaje de la libertad y de la democracia, objetivo de toda una generación.

La tercera parte, «Fidelidad a su pueblo», se dedica al cante jondo de un poeta a su tierra, Andalucía, metonimia de España. Es un viaje por los meandros del castellano, la musicalidad de las palabras, al ritmo de las sonoridades y de sus sentidos. Es también la historia de una complicidad que se elabora página tras página. De la mínima aldea al corazón de la capital, Antonio Gala pasea su pluma y comparte con los lectores algo de sí mismo, de su geografía, de su patrimonio, con atención a la lengua del pueblo, la riqueza de sus dichos, refranes y expresiones populares, un auténtico homenaje a la tradición literaria española.

Este triple compromiso es la clave de un destino *extraordinario* que hizo de un joven poeta, nacido en la frontera de Andalucía, educado en Córdoba, formado en Humanidades por las universidades de Sevilla y Madrid, una de las firmas más libres y certeras de la España contemporánea: una voz singular, garganta prestada a todo un pueblo con ansias de gritar bajo la mordaza, de recobrar la libertad y vivir libre después del largo paréntesis de la dictadura. Cada hombre, afirma Gala, es una historia, y cada país, la suma de las historias individuales que configuran la gran historia colectiva.

Este libro es, en realidad, una invitación a acompañar a la figura en su paisaje, a escuchar una voz que se levanta como un grito individual pero solidario, que acoge las voces que no solemos oír y escuchar, las personas anónimas de nuestras sociedades. Sus crónicas periodísticas nos hablan del ser frente a su tierra, sus penas, sus amores perdidos o quebrados, sus angustias y alegrías.

Como las coplas andaluzas, con palabras de ayer y de hoy, sus textos nos hablan de vida y de muerte. Como el cante, la obra de Antonio Gala es el chorro vivo del llanto, de la ilusión, de la esperanza; una manera más honda de suspirar, una necesidad vital; una forma de pensar el mundo que nos rodea, a través del diálogo entre pasado y presente.

Si cada libro es un encuentro, un encuentro puede dar vida a un libro. Este nace de la tibia tarde de un abril madrileño, inicio de una larga amistad y de un viaje que no termina nunca, porque siempre queda algo que enseñar y aprender. Y viajar con Antonio, no es solo moverse sino, sobre todo, abrirse. Es, como aclara:

una disposición a recibir lo nuevo y aprenderlo; a meditar sobre el porqué y el cómo de lo que creíamos sin razonarlo, solo porque era nuestro; una disposición a respetar la forma de ser y de estar y de opinar de los otros, a poner nuestra curiosidad como espejo delante de las cosas. Viajar es sentir el influjo de otra cultura nunca enteramente distinta de la nuestra, pero no la nuestra, y apreciar sus matices a través de la vida y el trabajo común (Martínez Moreno, 1996: 383).

No conozco otro gesto más libre. Han pasado cuarenta años, y algo más, desde aquellos primeros *textos y pretextos*. Es hora de entregarles este libro de viaje, la lectura de una hispanista para conocer algo más del hombre que se ocultaba, muy a menudo, bajo su imagen mediática, para acercarnos al poeta sensible y al intelectual lúcido, para escuchar la voz de un país que supo salir de una larga dictadura y recobrar la libertad.